

constante: Él ve no solo la apariencia, sino el corazón, no solo las manifestaciones externas, sino las intenciones más escondidas y los deseos de bien más profundos. Él mira con simpatía a todas las personas y les descubre un reflejo de Dios, si bien a veces oculto, cubierto, ofuscado.

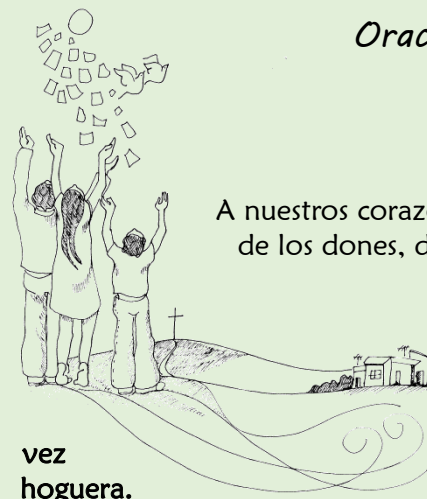
Los discípulos que Él llama a su seguimiento son todos hombres buenos, pero imperfectos, no preparados y no exentos de defectos, también grandes. Si bien, es basándose sobre ellos que Él teje los sueños más grandes para su Iglesia. Él les confía la tarea singular de prolongar su misma misión de salvación en todo el mundo y en toda la historia.

Un proverbio chino dice: “Quien tiene el cielo en el corazón ve el cielo en todo”. Jesús ve aquel pedazo de cielo que cada hombre y cada mujer llevan dentro de sí, lo manifiesta, lo educa, para que se haga siempre más grande y luminoso. Él reconoce sobre todo rostro humano el reflejo de su misma imagen. Tiene una fuerte solidaridad y una gran pasión por toda persona: para todos ellos es hermano mayor y modelo perfecto (cf. Rm 8,29; Col 1,15). Él sabe descubrir las semillas escondidas de bondad, evidenciar los recursos latentes, captar los deseos inexpresados, comprender los tímidos signos de amor y comprender el lenguaje del corazón.

Golpeado por la palabra de Jesús, Natanel pregunta con sorpresa: “¿Cómo me conoces?”. Y Jesús le responde: “Antes que Felipe te llamara, te vi cuando estabas debajo de la higuera” (v.48). Jesús ve “antes” y ve en profundidad, ver al hombre en su contexto preciso (“bajo la higuera”) y no deja ningún detalle. Todo es importante y precioso para Él. También Pablo confiesa con conmoción: Jesucristo, el Hijo de Dios “me amó y se entró por” (Gál 2,20). Juan es todavía más explícito: “Nosotros lo amamos porque Él nos amó primero” (1Jn 4,19).

¡Cuánta alegría brota de la sorpresa de descubrirse conocidos y amados mucho antes y mucho más de cuanto uno pueda imaginar y desear! “Te he visto...”, “Te he amado”: también hoy Jesús continúa haciendo sentir sus palabras, que dan sentido y belleza a la vida.

Compartimos... cuándo o cómo se me despertó la inquietud, las ganas de seguir a Jesús? Qué personas intervinieron? Y cuando o cómo fue que se me despertó ese llamado a ser misionera/o?



vez
hoguera.

Oración - Encuentro de Formación

Espíritu desciende

A nuestros corazones la hora del espíritu ha llegado, la hora de los dones, del apostolado, lenguas de fuego y viento huracanado.

**Oh Espíritu desciende,
orando está la Iglesia que te espera.
Ven visítanos y enciende como la
primera los corazones en la misma**

La fuerza y el consuelo, el río de la Gracia y de la Vida, derrama desde el cielo la tierra envejecida, renovarás su faz reverdecida.

Gloria a Dios uno y Trino, al Padre Creador, al Hijo Amado y Espíritu Divino, que nos ha regalado, alabanza y honor le sean dados.

Al día siguiente, Jesús resolvió partir hacia Galilea. Encontró a Felipe y le dijo: «Sígueme». Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encontró a Natanael y le dijo: «Hemos hallado a aquel de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret». Natanael le preguntó: «¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?». «Ven y verás», le dijo Felipe. Al ver llegar a Natanael, Jesús dijo: «Este es un verdadero israelita, un hombre sin doblez». «¿De dónde me conoces?», le preguntó Natanael. Jesús le respondió: «Yo te vi antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera». Natanael le respondió: «Maestro, tú eres el hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel». Jesús continuó: «Porque te dije: "Te vi debajo de la higuera", crees. Verás cosas más grandes todavía". Y agregó: «Les aseguro que verán el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre» (Jn 1,43-50).

“Antes que Felipe te llamara, te vi...” (Jn 1,48)



Antes del Primer Anuncio

Sr. Maria Ko

Con el primer anuncio buscamos llevar a las personas al encuentro personal con Jesús, pero no debemos atribuirle un valor excesivo a nuestros esfuerzos olvidando que en el fondo es Jesús mismo que atrae a las personas a sí. A lo largo de su vida terrena, él ha fascinado y atraído, con su ser, con sus palabras y con sus obras, a tantas personas abiertas a Dios con sinceridad de corazón. Esta fuerza de atracción ha llegado a su máxima potencia sobre la cruz: «*Cuando sea elevado de la tierra atraeré todos a mí*» (Jn 12, 32), ha dicho Jesús mismo. Los testimonios y los discípulos, antes de atraer a Jesús, son ellos mismos atraídos por Él. De quedar fascinados, presentan a los demás la fascinación por Jesús.

Estamos al inicio de la vida pública de Jesús. Según todos los evangelistas una de las primeras obras que Él hizo fue la llamada de los discípulos. Desde el inicio él no solo fascina a las personas, sino que las llama explícitamente a su seguimiento: quiere formar en torno a sí una comunidad que comparta su vida y su buena noticia. El encuentro de Jesús con Natanael es parte de estas primeras llamadas. Es Juan quien lo narra con vivacidad y belleza (Jn 1,35-51).

En una primera lectura golpea cómo el evangelista pone de relieve en estas escenas de vocación el elemento de mediación humana. Existe un interesante efecto en cadena. Primero Juan Bautista da testimonio de Jesús indicando a sus apóstoles: “¡He ahí el Cordero de Dios!” (v.36). Dos de ellos, atraídos por este personaje misterioso, se van tímidamente detrás de él y a su invitación inesperada se quedan junto a Él (v. 37-39). Al día siguiente, uno de los dos, Andrés, lleno de entusiasmo, lleva a su hermano Simón Pedro a Jesús. Al día siguiente, Jesús llama a Felipe y Felipe le habla de Jesús a Natanael. Se pone en movimiento, por tanto, toda una serie de testimonios y de invitaciones, como un contagio. El encuentro con Jesús tiene como consecuencia inmediata un trayecto al hermano y al amigo. Andrés dice al hermano: “Hemos encontrado al Mesías” (v.41), y Felipe a Natanael: “*Hemos hallado a aquel de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret*” (v.45). Son testimonios sencillos, narrados de experiencias personales, anuncios gozosos. Un descubrimiento sorprendente tiene necesidad de ser comunicado, una bella

experiencia se comparte. Así escribirá Juan: “aquello que hemos visto y oído, nosotros lo anunciamos también a vosotros, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros” (1Jn 1,3).

Siguiendo la tensión de esta atracción en cadena el lector espera ver a Natanael maravillado, entusiasta, feliz. En cambio no, todo el anuncio gozoso del amigo él lo rechaza con frialdad, escepticismo, sospecha e ironía: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”. Cerrado en su prejuicio él no logra imaginar cómo de Nazaret, una ciudad insignificante, puede venir algo digno de atención. Esto es sencillamente desproporcionado, por tanto este Jesús no le interesa para nada. Felipe, sin embargo, insiste, esta vez con una invitación explícita: “Ven y ve” (v.46). Ha aprendido de Jesús a extender la invitación, porque estas son palabras precisas con las cuales él se ha dirigido a los primeros dos discípulos por él atraídos (cf. 1,39).

Mientras Natanael hace el esfuerzo de “venir” y “ver”, más por agradar al amigo que por deseo de búsqueda, es Jesús quien lo “ve” y le “viene al encuentro”. Jesús lo precede, lo previene, toma primero la iniciativa de hablarle. Antes que Natanael haya tenido la oportunidad de verlo y de conocerlo, él lo ha visto, conocido y amado. A la frialdad de Natanael, Jesús responde con la acogida cordial. Mientras Natanael, al primer impacto, capta el aspecto más superficial del hombre de Nazaret, Jesús en cambio lo lee en el corazón; mientras Natanael es rápido para acentuar lo negativo, Jesús es particularmente sensible al lado positivo del hombre. Al escéptico Natanael él le da el regalo de uno de sus mejores elogios: “He aquí un verdadero israelita en quien no hay engaño” (v.47).

Natanael no ve nada bueno en quien no tiene una tarjeta de presentación decente, Jesús en cambio ve lo bueno en él, en su persona, en lo profundo de su ser y lo destaca espontáneamente. A pesar de estar condicionado por prejuicios y por una aparente indiferencia, este joven tiene una cualidad humana fundamental: la sinceridad. Es franco, transparente. Más tarde, también en las confrontaciones con el joven rico, confuso pero no privado de buena voluntad, Jesús alabará su rectitud, apreciará su esfuerzo de búsqueda y le hará la propuesta de lanzarse hacia lo alto (cf. Lc 18,18-23). Este es su estilo

